

felicidad de poseer durante una gran parte de su corta vida y de coronar después de su muerte, al santo más popular de la Edad Média; he nombrado con esto á San Antonio de Pádua. Es necesario añadir que la confianza, el amor, el entusiasmo de los habitantes por el Santo, es verdaderamente admirable. Juzgaremos de ello por el monumento que su piedad filial ha dedicado en honor de él. La iglesia de San Antonio comenzada en 1255 por el célebre Nicolás de Pisa y acabada en 1307, es un edificio gótico de la mejor época y del mejor gusto. Las seis cúpulas que la coronan son una reminiscencia del estilo byzantino; y sus estatuas, sus bajos relieves de Donatello, sus frescos inmortales de Giotto, así como sus cuatro grandes órganos, atestiguan la reunión de todas las grandes artes para glorificar la tierra al humilde Santo, cuyas virtudes corona el cielo. Al entrar nos asombramos de ver en las puertas dos perros dálmatas de la especie de los perros de los pastores. "Desde tiempo inmemorial, nos dice el hermano Próspero, el cuidado de la iglesia está confiado á aquellos fieles animales. De padres á hijos cumplen perfectamente con su deber. Los que veis, sorprendieron hace algunos años á un criado de la casa Sografi que se había quedado en oración en la noche, después de haber cerrado las puertas; se colocaron á sus lados, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, prontos á lanzarse sobre él al menor movimiento, y así se estuvieron hasta el día siguiente por la mañana."

La iglesia es un verdadero museo de pinturas y de arquitectura cuya descripción nos llevaría muy lejos. Entre tantas riquezas se admira en la capilla del Santo Sacramento el tabernáculo de mármol precioso adornado con bajos relieves de bronce, de Gerónimo Compagni, célebre escultor del siglo décimosexto y los cua-

tro ángeles que se deben al pincel de Donatello. En el coro está el gran candelabro de bronce de Andrés Riccio, el Lysipr veneciano; este es el más hermoso que hay en el mundo; costó diez años de trabajo al artista. Las cuatro estatuas de los protectores de Pádua, la Virgen y el Niño Jesús son otras tantas obras maestras de Donatello. Después de haber admirado los bellos frescos del siglo décimocuarto, que decoran la capilla de San Félix, da gusto arrodillarse delante del altar en donde descansa el cuerpo del glorioso mártir. Más lejos hay dos antiguas capillas en donde se ven preciosas pinturas anteriores al renacimiento; una de ellas representa á San Antonio revelando al B. Lucas Belludi la libertad de Pádua y la tiranía de Esselino. El cuerpo del bienaventurado descansa bajo el altar.

Llegamos por fin, á la capilla de San Antonio, una de las más ricas del mundo. No sé cuántos hombres célebres han trabajado en construirla y en adornarla. Se comenzó en 1500 por Juan y Antonio Minello; Sansovino y Falconetto la continuaron y fué adornada con graciosos arabescos por Mateo Allio y Gerónimo Pironi, y con exquisitos bajos relieves por Campagni, Julio y Antonio Lombardo. Alrededor de la capilla hay nueve compartimientos adornados con bajos relieves de mármol, que representan las principales acciones del Santo. Se admira sobre todo el milagro de la jóven de las inmediaciones de Pádua sufocada en un pantano y resucitada por el santo; la conversión de la herética Aloardina de que hablaré más tarde; el santo volviendo á poner á un jóven el pié que él se había cortado por haber dado un golpe á su madre. Los estucos de la bóveda, obra de Ticiano Minio, son de extrema elegancia; pero parece que el arte se excede á sí mismo á medida que se acerca al altar.

Hé aquí las soberbias estatuas de bronce de San Buenaventura, de San Luis, obispo de Tolosa, y de San Antonio; los cuatro ángeles que llevan los candelabros, el barandal de bronce y por fin el altar de mármol con sus magníficas esculturas. En el altar descansa el santo, sobre cuyo cuerpo tuve la felicidad de ofrecer los santos misterios. Es tal la inmensa popularidad de San Antonio de Pádua, que la magnífica iglesia con su capilla, más magnífica aún, han sido edificadas con las ofrendas de los fieles de todas las naciones. Una de las tres soberbias lámparas de oro macizo, fundidas en 1797 para pagar la contribución de guerra, era un presente del gran Turco. Numerosos sepulcros se encuentran alrededor de la capilla, en la iglesia y hasta bajo los claustros del convento. Hé aquí manifestado el vivo deseo de no separarse, aun después de la muerte, de aquel á quien se amó tan tiernamente durante la vida. Entre estos ilustres mausoleos de patricios, de generales, de extranjeros distinguidos, de profesores célebres, deben estudiarse los de Alejandro Contarini, general de la república; el del cardenal Pedro Bembo, el de Arminio de Orbesan, el del barón de la Bastide, jóven guerrero francés muerto en 1595 á la edad de veinte años. Su elegante inscripción latina se resiente demasiado del renacimiento. 1

A pesar de la tibieza general de la fe, llegan todavía innumerables peregrinos de todas las partes de Europa, sobre todo

1 Gallus eram, Patavi morior, spes una parentum;

Flectere ludus equos, armaque cura fuit:
Me quarto in lustro mihi praevia Parca percit,

Hic tumulus, sors haec, pax sit utrique:

"Yo, esperanza única de mis padres, nací francés, muero Paduano. Fueron mis placeres dominar caballos; y mis cuidados, la guerra. La Parca, adelantándose, me sorprendió en el cuarto lustro de mis días. Este es mi sepulcro, mi suerte y la paz para ambos. Adios.

de la Alemania y de la Polonia, al sepulcro de San Antonio. Todos los días se mandan *ex-voto* á su capilla ú ofrendas para su tesoro. ¿De dónde viene esta popularidad tan constante y tan universal? Uno de los más célebres doctores de la Iglesia, San Buenaventura, respondía hace seiscientos años: *Narrent hi qui sentiunt, dicant Paduani.* "Preguntadlo á los que han sentido la protección del santo; decid á los Paduanos que os cuenten lo que ven, lo que sus padres han visto, lo que vieron sus abuelos."

Corriendo el mes de Noviembre del año 1227, sus abuelos vieron entrar en Pádua á un jóven religioso de San Francisco, con la cabeza desnuda y rasurada, el cuerpo cubierto con un vestido de sayal sujeto con un cinturón de cuero; las piernas desnudas y los piés protegidos por sandalias. Este jóven religioso pide modestamente limosna, y su mirada angélica y su noble rostro expresan elocuentemente su humilde y vivo reconocimiento. En cambio del pan que recibe lleva todos los bienes que una ciudad puede desear: la verdad, la paz. Pádua carecía de una y de otra. Desolada por la herejía de los maniqueos y desgarrada por las guerras civiles, se agitaba en las angustias de la agonía. Antonio, este humilde franciscano, nacido en Portugal y llamado á Francia en donde había obrado cien prodigios, acudía al socorro de Pádua, ora, predica y los milagros estallan; Pádua se conmueve, los corazones se cambian, la verdad brilla, la paz vuelve; Antonio es el salvador, el amigo de todos.

Entre tanto el feroz Esselino *da Romano* quiere saquear á Pádua á la cual está oprimiendo; el santo marcha solo delante de aquel monstruo irritado. Con el doble poder de su palabra y de su virtud, le detiene en medio de sus oficiales, le confunde y le deja inmóvil de terror. Y se vió

al nuevo Atila convertido en dulce como un cordero, quitarse su rico cinturón, pasárselo al cuello y caer de rodillas delante del enviado de Dios, suplicándole que pidiera misericordia para él. Pádua se salvó; toda la Románia resonó con alabanzas al vencedor; el ruido de sus milagros vuela de boca en boca; llega hasta Roma, Gregorio XI quiere ver, oír, juzgar al elocuente taumaturgo. Esto pasaba en el año 1230.

Roma está llena de extranjeros de todas las naciones que han venido á los santos lugares para ganar la indulgencia de la cruzada. Hay Griegos, Franceses, Españoles, Alemanes, Ingleses, Flamencos, Suizos, Escoceses y Esclavones. Antonio habla su lengua maternal y se hace oír de todos aquellos pueblos que no la conocen. Otro prodigio admira al vicario de Jesucristo; es la solidez de la doctrina del joven santo, la fuerza irresistible de sus razonamientos, la vida divina que superabunda en sus palabras, su conocimiento maravilloso de la Escritura. Lleno de admiración, el Pontífice levanta solemnemente la voz y hace de él este elogio único en la historia: "Este es el arca de los dos Testamentos, el arsenal de las divinas Escrituras." *Arca utriusque Testamenti et divinarum Scripturarum armarium.*

Antonio vuelve á Pádua y siembra los milagros en su camino. Sus días se pasan en predicar, en confesar y en consolar; sus noches en orar; él es, por excelencia, el hombre público, la fuente en que todos van á beber. Solo dos meses le separan de su trigésimosexto año, pero en su corta vida ha hecho una larga y brillante carrera, la inmortal corona va á descansar en su frente. El santo está enfermo, moribundo. A estas palabras, la ciudad y los campos se mueven; se llora, se ora, todo el mundo se agita. El santo está acostado en un pobre lecho en el pequeño convento

de *Barcella*, poco lejano de Pádua. Allí se traslada la multitud. Esto era la tarde del viernes 13 de Junio del año 1231. En medio de los sollozos universales se deja oír un canto, es el canto del cisne; digo mal, es el canto de un ángel que vuelve al cielo, el canto de un hijo de María que por la última vez saluda á su madre en la tierra de destierro. Con sus labios moribundos ha repetido el santo misionero su dúrsa querida, su himno de guerra: *O gloriosa Domina excelsa super sidera.* Ya está muerto..... No; vive en el cielo por su poder, en la tierra por sus milagros, y después de más de seiscientos años, Antonio de Pádua es todavía uno de los santos más populares en Oriente y en Occidente.

De la capilla en donde descansa su cuerpo pasamos al Tesoro de la basílica. Entre las numerosas riquezas artísticas y religiosas de que está lleno, se admira un incensario y una naveta de oro que dió el Papa Sixto IV, de la orden de los Menores. El incensario, de forma gótica, representa una catedral en miniatura, con sus esquilones, sus ojivas, sus graciosas columnillas y sus galerías de encaje. La naveta es digna de su nombre; ésta es un pequeño navío con todos sus puentes, sus mástiles, sus velas, sus cuerdas y sus marinos. ¿Por qué sucede que nuestros artistas ignoran la existencia de esta doble obra maestra, ó que nuestros fabricantes de platería eclesiástica no juzgan á propósito reproducir aquellos interesantes modelos?

Además de la inmensa cantidad de reliquias insignes, se conserva en un relicario brillante de pedrería la lengua del santo. Esta lengua poderosa que movió á más hombres y de un modo más profundo que la de Demóstenes ó la de Cicerón, está intacta y en color propio. Fué encontrada en este estado milagroso el 7 de Abril del año 1263 por San Buenaventura, que había ido á Pádua á presidir la traslación de

las reliquias. A vista de este prodigio que hacia incontestable la disolución de las otras partes del cuerpo, el Doctor seráfico exclamó: *O lingua benedicta, quæ Dominum semper benedixisti et alios benedicere fecisti, nunc manifeste apparet quanti meriti exististi apud Deum!* "¡O lengua bendita que bendijiste siempre al Señor é hiciste que otros le bendijeran; ahora aparece manifestamente, cuánto mérito tuviste ante el Señor!"

La prueba seis veces secular de otro milagro está al lado del precioso cofre. Quiero hablar del famoso vaso del herético Aloardino de Salvaterra. Aloardino era un soldado á quien la curiosidad, ó más bien una incredulidad burlesca, había llevado á Pádua. Un día que estaba en la mesa oyó hablar de los milagros de San Antonio. Se puso á burlarse de ellos, y creyendo decir una excelente chanza, añadió: "Si vuestro Antonio, á quien llamais santo y taumaturgo, impide á este vaso que tengo en la mano que se rompa cuando yo lo arroje contra el suelo, creeré lo que me decís." Al punto se levanta de la mesa, abre la ventana y con todas sus fuerzas arroja su vaso á la plaza contra una piedra y el vaso no se rompe. Estupefacto y atónito, cae Aloardino de rodillas y se levanta católico. El mismo va á buscar su vaso, y en presencia de todos los testigos de aquella escena, le lleva respetuosamente al tesoro de San Antonio, en donde hemos tenido la felicidad de verlo. ¹ En un estante inmediato se conservan las obras del santo. No sin un profundo respeto se acerca la mano á tomar los sermones del inmortal misionero. La escritura del santo, aunque está acompañada de correcciones, es muy legible y hasta elegante.

No se puede dejar aquel lugar bendito sin pensar en una devoción cuyo origen y cuya perpetuidad no es inútil recordar. Si

¹ Vita de S. Ant., lib. II, p. 198.

alguna vez habeis leído el Martirologio galicano del sabio obispo de Tosel Dus-saussaye, habeis visto que nuestros padres se dirigian á algun santo en particular para cada enfermedad, para cada necesidad. La Italia, la Alemania y todas las partes de la catolicidad hacian lo que Francia. San Antonio de Pádua era invocado para encontrar las cosas que se habian perdido. Esta devoción, resto precioso del vasto naufragio en que el protestantismo y la incredulidad han sumergido tantas piadosas costumbres, se practica hoy todavía; es popular hasta en Oriente y Occidente; hé aquí un hecho. Este hecho, respetable ya por su catolicidad y por su antigüedad, lo llega á ser más todavía por su origen. Ejemplos numerosos y testimonios incontestables consignados en la vida de San Antonio de Pádua, prueban que habia recibido de Dios el poder, no solo de curar las enfermedades, sino tambien de consolar á los afligidos haciéndoles encontrar milagrosamente las cosas que habian perdido. ¹

Al salir de la iglesia está uno de tal modo penetrado de lo que se acaba de ver, y cuando es cristiano de lo que acaba de sentir, que apenas queda bastante atención para echar una mirada á la estatua ecuestre de bronce del gran capitán Guatamelata que decora la plaza. Esta estatua, la primera que fué fundida en Italia y en los tiempos modernos, es la obra maestra de Donatello. Dimos un último adios al buen hermano Próspero, desterrado voluntariamente por amor de Dios y del prójimo; á San Antonio, á Pádua, á los conservatorios de pobres y de huérfanos, y partimos para Venecia.

El camino sigue las orillas del Brenta, tan elogiadas por los aficionados á los paisajes y tan célebres en nuestros fastos militares. A través de una campiña cubierta

¹ Vita di S. Ant., lib. III, p. 266.

de jardines, en donde se diría que las estatuas de mármol crecen como los hongos, se llega á Mestre. Aquí os esperan los gondoleros venecianos para conducirlos á su maravillosa ciudad.

11 DE ABRIL.

Campanario de San Márcos.—Vista é historia de Venecia.—Iglesia de San Márcos.—Traslacion del cuerpo de San Márcos.—Tesoro.—Plaza de San Márcos.—Caballos.—Leon.—Palacio del dux.—Prisiones.—Inscripciones.

El viajero que entra á Venecia despues de la caída del día, se cree trasladado á alguna ciudad fabulosa de las *Mil y Una Noches*. Una ciudad soberbia, vasta, populosa, asentada en medio del mar, sin que se perciba que le sirva de base ni una pulgada de tierra, ni una punta de roca; largos canales limitados por casas y palacios, cuyos cimientos están ocultos en las olas, mientras la fachada, mitad europea, mitad oriental, se lanza majestuosamente á los aires; un silencio lúgubre no interrumpido ni por el paso de los caballos, ni por el movimiento de los coches, sino solo por el ruido monótono de los remos que hieren con uniformes golpes la tranquila superficie de las ondas; el sonido variado de numerosos campanarios, las mil voces y gritos de todo un pueblo que obstruye muchos centenares de puentes grandes y chicos y pasa rápidamente encima de vuestra cabeza; góndolas de color amarillo y negro que recorren en todos sentidos las largas sinuosidades de las lagunas; las linternas de aquellos coches de agua, los reverberos y las antorchas cuya luz incierta ilumina aquel singular espectáculo; todo esto admira, sorprende y produce una impresion que tiene el privilegio de no asemejarse á ninguna otra.

Para completarla, quisimos despues de

haber visto á Venecia desde abajo, verla desde arriba. En la mañana del día siguiente, estábamos en el campanario de San Márcos. La primera maravilla que hay que considerar, es este campanario mismo, uno de los más elevados y más atrevidos de la Italia. Se llega á la cima por una suave rampa sin peldaños. Desde este mirador se goza de un punto de vista que tiene algo de prodigioso. A vuestros piés el mar, Venecia en su seno, una multitud de iglesias, de campanarios, de palacios, de cúpulas, de columnas, de pórticos, de fachadas griegas, árabes, byzantinas; al Oriente, la vasta extension del Adriático sembrada de pequeñas islas agrupadas con gracia alrededor de la imponente ciudad; al Norte, las cimas blanquizcas de los Alpes del Frioul; al Occidente las verdes campiñas del Paduano y del Vicentino; al Sur, el Brenta y sus orillas tan pobladas y tan ricas.

Encima de este magnífico panorama hay otro más magnífico aún y cuyo brillo radiante explica y realza las bellezas del primero. Este es, permítaseme la expresion, el panorama de Venecia bajo el punto de vista providencial. Apoyado en la galería aérea del campanario de San Márcos, no puede estar mejor el observador que quiere contemplarlo. A principios del siglo quinto el mundo romano, largo tiempo batido en brecha por los enemigos del exterior y por los del interior, crujía con espantoso estrépito bajo los golpes de los bárbaros. El negro estandarte de Atila acababa de ser enarbolado bajo los muros de la antigua Aquilea; pero los habitantes, confiando en su valor, habian despreciado este último signo de misericordia. Algunas horas despues, Aquilea no es mas que un monton de cenizas. Sin embargo, algunas familias de la ciudad han encontrado su salvacion en su huida. Los Arrecifes del Adriático les ofrecen un

asilo. En medio de las lagunas construyen para sí pobres cabañas; viven aisladamente, absortas en el cuidado de proveer á su subsistencia.

Dos siglos más tarde, hácia el año 697, se reunen, se dan un jefe comun y llegan á formar un pequeño Estado. Bajo la proteccion del imperio de Oriente, la naciente república se aumenta, se fortifica, y muy pronto se declara independiente. En el siglo décimo toma su remonte y vuela á sus primeras conquistas. El siglo siguiente la ve poner en su jóven cabeza la corona real, marchar al igual con las grandes potencias de la Europa, y dividir con Génova el imperio de los mares. Durante cinco siglos influye con un peso muchas veces decisivo en los destinos del mundo. En fin, su mision se ha cumplido; riqueza, poder y hasta libertad, todo se le ha quitado; y la Tiro del Occidente se ve reducida á no ser ya en sus antiguos días más que el agente subalterno de un imperio extranjero. Y ahora ¿cuál fué la razon providencial de la grandeza de Venecia y de su decadencia?

El Dios que saca el bien del mal, y hasta la vida de la muerte, hace nacer una poderosa ciudad de la invasion de los bárbaros. Bajo el ala maternal de la Providencia, creció rápidamente en fuerza, en riqueza, en valor; así fué necesario, porque Venecia debe ser uno de los auxiliares más poderosos de la Europa civilizada por el cristianismo. Llegará la época solemne en que la barbarie musulmana, amenazando invadir el Occidente y reemplazar la luz con las tinieblas, y la libertad con la esclavitud, hará que se levanten los pueblos cristianos como un solo hombre; y en lugar de esperar al enemigo, irán á atacarlo hasta el corazon de su imperio. Pero se necesitan navíos para trasladar sus ejércitos, marinos intrépidos para luchar contra las olas otomanas, y Venecia

hace este doble servicio á la causa comun. Génova la secunda noblemente; y en sus navíos, la civilizacion armada con toda clase de medios, atraviesa los dos mares que conducen hácia los bárbaros. Mientras dure la razon providencial de su poder, Génova y Venecia estarán en el primer rango entre los Estados europeos. Ellas comenzarán á decaer cuando su existencia no tenga mas objeto que intereses de un órden inferior. Con una precision notable, su historia da testimonio de este doble hecho.

Venecia tuvo todavía otra mision. Cuando en los siglos décimoquinto y décimosexto, quiso la heregia arrollar á la vieja Europa contra la fe católica, ella levantó la voz infatigable de la prensa para hacer resonar á lo léjos sus gritos de rebelion. Bala, Ginebra, la Haya, Amsterdam, se hicieron sus temibles auxiliares. Venecia fué elegida para sostener el esfuerzo del combate. De sus prensas inmortales salieron innumerables obras destinadas á proclamar, á defender y á propagar las verdades conservadoras de la religion y de la sociedad. Despues de esta doble ojeada dirigida sobre la reina del Adriático, bajamos del campanario para visitar la iglesia de San Márcos, la maravilla de Venecia y uno de los más espléndidos monumentos de toda la Italia.

La iglesia de San Márcos, mezcla de arquitectura griega, romana, gótica, museo de despojos ópimos traídos del Peloponeso, de Constantinopla, de España, de Siria, de todos los países en fin, en donde Venecia veía flotar sus pabellones, galería magnífica de pinturas nacionales, repite á su modo la historia de la poderosa república. El solo inventario de sus tesoros seria infinito. La basilica, comenzada en 796 por el dux Orseolo, fué terminada en 1071; pero la ornamentacion siguió hasta el siglo décimooctavo. En el exterior como